

reno llano, por ser los enemigos superiores en caballería; y repugnando marchar por las alturas, á causa de que el camino era largo, montuoso y sumamente áspero, hizo la casualidad que fuesen cogidos prisioneros unos Griegos al tiempo de ir á refugiarse en una cueva; y el mas anciano de ellos, llamado Artemidoro, prometió á Luculo conducirle donde pusiera su campo en lugar seguro, guarnecido con una fortaleza puesta precisamente encima de los Cabiros. Dióle crédito Luculo y á la noche movió despues de encendidos los fuegos: pasó los desfiladeros sin riesgo y ocupó el puesto, apareciéndose á la mañana siguiente sobre la cabeza de los enemigos, y colocando su ejército en un sitio que si queria pelear, le daba facilidad para ello; y si no queria, le ponía á cubierto de ser violentado. Ninguno de los dos estaba por entonces en ánimo de venir á las manos; pero se dice que yendo los del Rey en persecucion de un ciervo, les salieron al encuentro para cortarlos algunos Romanos, y que con esto trabaron pelea acudiendo continuamente muchos de una y otra parte. Vencieron por fin los del Rey, y viendo los Romanos desde las trincheras la fuga de los suyos, llenos de pesar, corrieron á dar parte á Luculo rogándole que los condujese y que los formase para batalla. Mas él queriendo hacerles ver de cuanta importancia es en medio de los combates y de los peligros la vista y la presencia de un general prudente, dándoles orden de que esperaran sin moverse, bajó á la llanura, y puesto ante los primeros que huian, les mandó detenerse y volver con él. Obedecieronle y deteniéndose asimismo é incorporándoseles los demas, con muy poco trabajo rechazaron á los enemigos, persiguiéndolos hasta su campamento. A la vuelta impuso Luculo á los fugitivos el afrentoso castigo establecido por ley, haciéndoles cabar con las túnicas desceñidas un foso de doce pies á la vista y presencia de todos sus camaradas.

Habia en el ejército de Mitridates un hombre de grande autoridad llamado Oltaco, perteneciente á la nacion bárbara de los Dándaros, una de las que habitan junto á la laguna Meotis. Era este Oltaco excelente para todo lo que en la guerra pide valor y determinacion; prudente y avisado en

los negocios árdulos, y ademas afable y complaciente en su trato. Como tuviese pues competencia y emulacion de privanza con otro de su misma gente, ofreció á Mitridates un servicio señalado, cual era el de dar muerte á Luculo. Aplaudióle el Rey, y como de intento le diese algunos motivos de fingido enojo y desabrimiento, partió para el campo de los Romanos, donde fue de Luculo benignamente recibido, porque habia de él grande noticia en el ejército, y haciéndose lugar casi desde su llegada en el ánimo de aquel con su diligencia y su esmero, continuamente lo tenia á su mesa y se valia de su consejo. Cuando le pareció al Dándaro que ya era llegada la ocasion, mandó á sus asistentes que le sacaran el caballo fuera del campamento, y él, siendo la hora del mediodia en que los soldados descansaban y hacian siesta, se dirigió á la tienda del general, bien persuadido de que nadie estorbaria el paso á un hombre de confianza que aparentaba tener que comunicarle un asunto de grande entidad y urgencia. La entrada fue sin tropiezo, y el lance hubiera sido cual podia desearle, si el sueño, que á tantos generales ha perdido, no hubiera salvado á Luculo: porque casualmente estaba durmiendo: y Menedemo, uno de los que hacian la guardia, que se hallaba en la misma puerta, anunció á Oltaco que llegaba á mal tiempo, pues hacia muy poco que Luculo, despues de tantas vigiliass y trabajos se habia entregado al descanso; y como no se retirase á su orden, sino que dijese serle forzoso entrar porque queria hablar de un negocio grave y urgente, enfadado Menedemo, y replicando que nada habia mas urgente que salvar á Luculo, le echó de allí á empujones. Entró con esto en miedo y saliendo del campamento, montó en su caballo y se volvió al ejército de Mitridates, sin poner por obra su designio: ¡tan grande es el poder de la oportunidad para sanar y para dañar, no menos en los negocios, que en los medicamentos!

Fue despues de esto enviado Sornacio con diez cohortes á hacer acopio de viveres, y viéndose perseguido por Menandro, uno de los generales del Rey, le hizo frente, y trabando combate, ahuyentó á los enemigos causándoles grandísimo daño. Mandóse de allí á poco con el mismo objeto á Adriano,



llevando á su disposicion bastantes fuerzas, para que pudiese hacer abundante provision; y Mitridates, que no dejó de entenderlo, envió á Menemaco y á Miron comandantes de considerable número de infantes y caballos; y á excepcion de dos, todos, segun se dice, fueron muertos por los Romanos: pérdida que procuró ocultar Mitridates, dando á entender que no habia sido de tanta entidad, sino ligera y debida á la impericia de sus generales; pero Adriano pasó vanaglorioso por delante del campamento con muchos carros cargados de bastimentos y de despojos, lo que en aquel produjo desaliento, y en los soldados temor y confusion. Determinóse por tanto no aguardar allí mas tiempo; y los de la familia del Rey se adelantaron á querer enviar cómodamente sus efectos y equipajes, impidiéndoselo á los demas; pero inquietos estos los atropellaron en la misma salida y saquearon los equipajes dándoles á ellos muerte. Allí el general Dorialo, que no tenia sobre sí otra cosa de algun precio que la púrpura, pereció por quitársela; y el sacrificador Hermao fue pisoteado en el recinto de la puerta. El mismo Mitridates, no habiéndole quedado ni sirviente, ni palafrenero alguno, tuvo que salir del campamento mezclado con la muchedumbre, sin tener ni uno siquiera de sus caballos; y solo habiéndole visto al cabo de tiempo, cuando así era arrebatado por el torrente de aquel tropel, uno de sus eunucos llamado Tolomeo, que tenia caballo, echó pie á tierra y se lo cedió. Porque ya los Romanos le alcanzaban siguiéndole de cerca; y por la priesa no habrian dejado de cautivarle, yendo ya casi á echarle mano; sino que la codicia y el ansia propia de soldados, quitó á los Romanos una presa tras la que andaban largo tiempo habia, sufriendo por ella muchos combates y peligros; y á Luculo le privó del verdadero premio de su victoria; pues cuando ya tenian á la vista y estaban para llegar al caballo que le conducia, presentándoseles una de las acémilas que iban cargadas de oro, ó porque el Rey de intento la pusiese delante á los que le perseguian, ó porque la casualidad lo hiciese, detenidos á saquear y robar el oro, altercando unos con otros, con este incidente se atrasaron. Ni fue este solo el daño que en aquella ocasion se originó á Lu-

culo de la avaricia de los soldados; sino que habiendo sido apresado el secretario íntimo del Rey, Calistrato, les dió orden de que se le llevasen; y los que le llevaban, habiendo entendido que tenia en el ceñidor quinientos aureos, le quitaron la vida; y aun tuvo sin embargo que condescender con que saquearan el campamento.

Tomó los Cabiros y otros muchas fortalezas, habiendo descubierto grandes tesoros, y los calabozos donde estaban presos muchos Griegos y muchas personas de la familia real; á los que teniéndose por muertos, la magnanimidad de Luculo no les dió solo salud, sino resurreccion en cierta manera y un segundo nacimiento. Fue al mismo tiempo cautivada Nisa, hermana de Mitridates, habiendo estado su salvacion en su cautiverio; pues las otras hermanas, y las mujeres que parecia estar mas distantes del peligro y con seguridad en Farnacia, perecieron lastimosamente, enviando Mitridates contra ellas desde su fuga al eunuco Baquides. Entre otras muchas se hallaban dos hermanas del Rey, Rojana y Estatira, solteras en la edad de cuarenta años; y dos de sus mujeres, Jonias de origen, Berenice de Quio y Monima de Mileto. Era grande la fama de esta entre los Griegos, porque solicitándola el Rey y enviándole de regalo quince mil aureos, no se dejó vencer hasta que se hicieron los contratos matrimoniales, y remitiéndole este la diadema, la declaró Reina. Habia sin embargo pasado su vida en grande amargura; y se lamentaba de su belleza, porque en lugar de marido le habia ganado un déspota; y en lugar de matrimonio y casa, la fortaleza de un bárbaro; y llevada lejos de la Grecia, los bienes esperados no eran mas que un sueño; y de aquellos verdaderos estaba careciendo. Llegado pues Baquides, como les intimase la orden de morir del modo que á cada una le pareciese mas fácil y menos doloroso, quitándose la diadema de la cabeza, se la ató al cuello y se colgó de ella; pero habiéndosele roto inmediatamente: ¡Maldito arripiezo, dijo, que ni siquiera para esto me has valido! y despues de haberla escupido y arrojádola al suelo, alargó el cuello á Baquides. Berenice tomó en la mano una taza de veneno, y pidiéndole su madre, que se hallaba presente, la



partiese con ella, se la alargó y bebieron ambas. La fuerza del veneno fue bastante para el cuerpo mas flaco; pero no acabó con Berenice que para su constitucion no habia bebido bastante, y como luchase largo rato con las ansias de la muerte, tomó Baquides por su cuenta el ahogarla. De las hermanas solteras se dice que la una bebió el veneno despues de haber proferido mil imprecaciones y dictérios; y que la otra no pronunció ni una palabra injuriosa ni nada que desdijese de su origen; sino que mas bien elogió á su hermano, porque en medio de sus peligros propios no las habia olvidado y antes habia cuidado de que muriesen libres y sin sufrir afrentas. Todas estas cosas fueron de sumo disgusto á Luculo, que era de humana y benigna condicion.

Continuando en la persecucion llegó hasta Talauros; pero llevándole cuatro dias de ventaja Mitridates, que se retiraba á la Armenia, acogiéndose á Tigranes, hubo de retroceder; y habiendo vencido á los Caldeos y Tibarenos, tomó la Armenia menor; sometió otras fortalezas y ciudades, y enviando á Apio en legacion á Tigranes para reclamar á Mitridates, se encamino á Amiso que todavía permanecia cercada. Era la causa de esta dilacion el general Calimaco, que con sus conocimientos en la maquinaria y con todas las habilidades y estratagemas que admite un sitio, daba mucho en que entender á los Romanos, de lo que mas adelante tuvo su merecido. Por entonces burlado á su vez por Luculo, que en la hora en que los soldados solicitan retirarse y descansar, dió repentinamente el asalto y tomó alguna parte, aunque no grande de la muralla, salió de la ciudad poniéndole fuego: bien fuese con la mira de que no sacasen de ella utilidad alguna los Romanos, ó bien con la de facilitar mas su fuga; pues lo cierto es que nadie hizo alto en los que por el mar se retiraban. Cuando ya la llama se via discurrir en globos por el muro, y los soldados se aparejaban al saqueo, Luculo lamentándose de la ruina de la ciudad, clamaba desde afuera por auxilio contra el incendio, y exhortaba á que le apagasen; pero de nadie era escuchado, porque todos estaban entregados á buscar en que cebar la codicia, y agitaban las armas con grande vocería; tanto que violentado de

este modo, hubo de condescender con su deseo por si así libertaria á la ciudad del incendio; mas ellos hicieron todo lo contrario: pues mientras todo lo registran con hachas, llevando fuego por todas partes, quemaron las mas de las casas: de manera que entrando Luculo á la mañana siguiente, se echó á llorar, hablando así á sus amigos: « Muchas veces consideré la felicidad de Sila; pero hoy es cuando principalmente admiro su buena dicha: pues que queriendo salvar á Atenas, fue bastante poderoso para conseguirlo; y yo cuando deseaba aquí imitarle, algun mal genio me ha hecho incurrir en la mala opinion de Mumio. » Esforzóse sin embargo á reparar la ciudad de aquella calamidad; y por descuido por un feliz acaso una lluvia que sobrevino al tiempo mismo de ser tomada, apagó el incendio; y él sin salir de allí reedificó el mayor número de casas arruinadas; dió acogida á los Amisenos que habian huído, y establecimiento á los demas Griegos que quisieron acudir, señalándoles un término de ciento y veinte estadios. Era esta ciudad colonia de los Atenienses, fundada en aquellos felices tiempos en que floreció su poder, teniendo el dominio del mar; y aun por esto muchos, huyendo de la tiranía de Aristion, trasladándose allá por mar, fijaron en ella su residencia, sucediéndoles que por evitar los males propios tuvieron que sufrir los ajenos. De estos pues á los que quedaron salvos los vistió Luculo decentemente, y dando á cada uno doscientas draemas, los restituyó á su casa. Fue tambien cautivado en aquella ocasion Tiranion el gramático: pidióle Murena; y habiéndole sido entregado, le dió libertad, usando iliberalmente de aquel don: pues no entraba en la idea ni en la voluntad de Luculo que un hombre, codiciado por su saber, fuese hecho esclavo primero y despues libre: porque realmente aquel no fue acto de darle la libertad, sino de quitársela. Bien que no es esta la única vez en que Murena se mostró muy distante de la delicadeza y pundonor de su general.

Dirigióse entonces Luculo á las ciudades del Asia, para hacer, mientras se hallaba desocupado de los negocios militares, que participasen de la justicia y de las leyes: benefi-



cios de los que los increíbles é inexplicables infortunios pasados habian privado por largo tiempo á la provincia; siendo saqueada y esclavizada por los alcabaleros y logreros, que reducian á los naturales al extremo de vender en particular los hijos de buena figura y las hijas doncellas; y en comun las ofrendas, las pinturas y las estatuas sagradas; y ellos al fin venian á sufrir la suerte de ser entregados por esclavos á los acreedores. Y lo que á esto precedia, los pies de amigo, los encierros, los potros, las estancias á la inclemencia, en el verano al sol y en el invierno al frio, entre el barro y el yelo, era todavia mas duro é insoportable; de manera que la esclavitud en su comparacion era paz y alivio de miserias. Observando pues Luculo estos males en las ciudades, en breve tiempo libertó de ellos á los que los experimentaban: porque en primer lugar mandó que ninguna usura pasase del uno por ciento; en segundo dió por acabadas las que habian llegado á exceder el capital; y en tercero, que fue lo mas importante, dispuso que el prestamista disfrutase la cuarta parte de las rentas del deudor; y á aquel que incorporaba las usuras con el principal, lo privó del todo: de manera que en el breve tiempo de cuatro años se extinguieron todos los créditos, y las posesiones quedaron libres á sus dueños. Eran estas deudas públicas, y provenian de los veinte mil talentos en que Sila multó al Asia: el duplo pues de esta cantidad fue el que se pagó á los acreedores, que con las usuras la habian ya hecho subir á la suma de ciento veinte mil talentos. Estos pues, como si les hubiese hecho el mayor agravio, clamaban en Roma contra Luculo, y con dinero concitaron contra él á muchos de los demagogos, siendo gente de gran poder, y que tenian á su devocion á muchos de los que mandaban; pero con todo Luculo no solamente se ganó el amor de los pueblos á quienes hizo beneficios, sino que era deseado de las demas provincias, que tenian por felices á aquellas á quienes habia cabido la suerte de tal gobernador.

Apio Claudio, el enviado en legacion á Tigranes, que era hermano de la mujer con quien entonces estaba casado Luculo, al principio fue de los guías del Rey conducido por la

tierra alta, siguiendo un camino de muchos días, que hacia grandes y no necesarios rodeos, hasta que mostrándole uno de sus libertos, Siro de nacion, otro camino derecho, se apartó de aquel primero largo y torcido, despidiendo á los conductores regios; con lo que en breves dias se puso al otro lado del Eufrates, y llegó á Antioquia la de Dafne. Mandósele que esperara á Tigranes, porque se hallaba ausente, ocupado en subyugar algunas ciudades de la Fenicia; y él en tanto ganó á algunos de los grandes, que de mala gana obedecian á un Armenio, siendo uno de ellos Zarbieno, Rey de la Gordiena; y á muchas ciudades de las sojuzgadas, que reservadamente le enviaron mensajeros, les ofreció el auxilio de Luculo, encargándoles que por entonces disimulasen y se estuviesen quedas. Porque á los Griegos no era tolerable, sino mas bien duro y molesto, el imperio de los Armenios, y sobre todo el del Rey, cuyo orgullo y altanería no tenia limites, pareciéndole que todo cuanto bueno apetecen y admiran los hombres, ó dimanaba de él, ó por consideracion suya lo disfrutaban: pues habiendo empezado por esperanzas muy pequeñas y de ningun momento, habia sujetado muchas gentes, habia humillado mas que otro alguno el poder de los Persas, y habia llenado de Griegos la Mesopotamia, sacando desterrados á muchos, ora de la Cilicia y ora de la Capadocia. Movió tambien de sus asientos á los Arabes Escenitas, trasplantándolos y estableciéndolos cerca de su residencia, para hacer por medio de ellos el comercio. Los Reyes que le servian eran muchos; y á cuatro los tenia siempre cerca de sí como pajes ó escuderos; los cuales cuando iba á caballo corrian á su lado á pie con solas las túnicas; y cuando se sentaba á dar audiencia, se colocaban junto á su trono, teniendo plegadas una con otra las manos: postura que entre todas parece ser la mas característica de la servidumbre, como de hombres que abdican la libertad, y se muestran mas dispuestos á sufrir, que á obrar. Mas á Apio nada le impuso, ni le causó admiracion aquella ostentacion teatral, sino que apenas fue admitido á la audiencia, le dijo sin rodeos que el objeto de su mision era reclamar á Mitridates debido á los triunfos de Luculo, ó intimar á Tigranes la



guerra : de manera que por mas que este afectó serenidad y sonrisa en el semblante para oír el mensaje, todos echaron de ver que le habia inmutado el desenfado de aquel jóven; quizá porque no habia escuchado otra palabra libre en veinticinco años, pues otros tantos llevaba de reinar, ó mas bien de tiranizar y oprimir. Respondióle pues que no entregaba á Mitridates, y se defenderia de los Romanos, autores de aquella guerra. Ofendido de Luculo porque en la carta le llamó Rey solamente, y no Rey de Reyes, en la respuesta no le dió tampoco el título de Emperador. Envió sin embargo á Apio presentes de gran valor; y como no los recibiese, le envió todavía otros mayores; de los cuales Apio, porque no pareciese que por enemistad los desdeñaba, tomó solamente una taza, volviéndole los demas, y á toda priesa partió en busca del general.

Tigranes al principio ni siquiera se dignó de ver á Mitridates, ni de admitirle á su audiencia, con ser un deudo suyo, despojado de tan poderoso reino; sino que le trató con ignominia y desprecio, teniéndole como en custodia en un pais pantanoso y mal sano; pero entonces le envió á llamar con aprecio y benevolencia; y teniendo ambos conferencias secretas en el palacio de los zelos y sospechas que mutuamente se habian dado el uno al otro, se descargaron sobre sus amigos, atribuyéndoles á estos la culpa. Era uno de ellos Metrodoro Escepsio, varon elocuente, de grande instruccion, y que habia llegado á tal grado de amistad, que comunmente se le daba el nombre de padre del Rey; y habiendo sido á lo que parece enviado de embajador por Mitridates para rogar á Tigranes le auxiliase contra los Romanos, preguntóle este : ¿Y tú, Metrodoro, qué es lo que en este punto me aconsejas? y entonces él, bien fuera porque solo atendiese al bien de Tigranes, ó bien porque no desease que Mitridates saliese á salvo, le respondió que como embajador se lo rogaba, y como su consejero se lo disuadia. Refirióselo Tigranes á Mitridates en el concepto de que no le vendria mal á Metrodoro; pero él al punto le dió muerte, tomando de ello gran pesar Tigranes, sin embargo de que no tuvo toda la culpa de esta desgracia de Metrodoro : pues realmente no hizo mas

que dar nuevo calor á la displicencia y encono con que ya le miraba Mitridates; lo que mas claramente se descubrió cuando ocupados sus papeles reservados, se halló en ellos la orden de hacer perecer á Metrodoro. Dió Tigranes honorífica sepultura á su cadáver, no excusando gasto alguno para con un muerto, á quien vivo habia hecho una traicion. Murió tambien en la corte de Tigranes el orador Anficrates; de quien si hacemos memoria, es solo por consideracion á Atenas. Dícese pues de él que huyó á Seleucia del Tigris, donde habiéndosele rogado que hiciese uso de su arte, los desdeñó con altanería, respondiéndole que un delfin no cabia en un plato; que habiendo pasado de allí al palacio de Cleopatra, hija de Mitridates y mujer de Tigranes, se le levantó inmediatamente una calumnia; y como por ella se le prohibiese el trato con los Griegos, de hambre se quitó la vida; y finalmente que Cleopatra le sepultó con magnificencia, estando enterrado en Sasa, que es como se llama una de aquellas aldeas.

Luculo si procuró dar á las ciudades del Asia las mayores pruebas de benevolencia, y hacerlas gozar de las delicias de la paz, no por eso se olvidó de las cosas de placer y regocijo; sino que deteniéndose en Efeso, cuidó de ganarse su afecto con pompas y festejos de victoria, y con luchas y combates de gladiadores; y ellas en justo retorno celebraron juegos, que llamaron Luculeyo, y le correspondieron con un amor verdadero, mas satisfactorio que aquella honra. Mas luego que llegado Apio se enteró de que habia que entrar en guerra con Tigranes, marchó otra vez al Ponto con su ejército, y puso sitio á Sinope, ó por mejor decir á los Cilicenses súbditos del Rey, que entonces la ocupaban; los cuales dando muerte á muchos Sinopenses, y poniendo fuego á la ciudad, huyeron en aquella noche. Entró Luculo luego que lo supo y á unos ocho mil que habian quedado, los pasó al filo de la espada; adjudicando las casas á los demas que no eran de ellos, y tomando la ciudad bajo su especial amparo, á causa principalmente de una vision que tuvo, y fue en esta forma. Parecióle entre sueños que se le ponía uno al lado y le gritaba : Adelanta, Luculo, un poco, porque viene



Autólico que tiene que tratar contigo. Levantándose pues, no supo á qué referir aquella aparicion, ni qué significaba; pero tomando la ciudad en aquel mismo dia, cuando perseguia á los Ciliceños que se embarcaban, vió en la ribera una estatua tendida en el suelo que los Ciliceños con la priesa no pudieron llevarse. Era una de las obras mas primorosas de Estenidas; y no faltó quien declarase que aquella estatua era de Autólico, fundador de Sinope. Dicese de este Autólico que fue hijo de Deimaco, y con Hércules partió de la Tesalia á hacer la guerra á las Amazonas; que navegando de allí despues con Demoleonte y Flogio, perdió su nave, por haberse estrellado en el promontorio del Quersoneso, llamado Pedalio; y que habiendo llegado salvo á Sinope con sus armas y sus amigos, arrebató á los Siros la ciudad: pues la poseyeron, segun se dice, los Siros descendientes de Siro, hijo de Apolo y de Sinope Asopide: oida la cual relacion, no pudo menos Luculo de traer á la memoria la advertencia de Sila; quien previene en sus comentarios que nada tenia por tan digno de fe y tan seguro como lo que se le significaba en los sueños. Al oír allí que Mitridates y Tigranes tocaban ya casi con su ejército en la Licaonia y la Cilicia para ser los primeros en invadir el Asia, tuvo por muy extraña la conducta de aquel Armenio, que si pensaba en hacer frente á los Romanos, no se valió para la guerra de Mitridates todavía floreciente, ni juntó sus fuerzas con las de este en los dias de su prosperidad; y ahora cuando habia dejado que fuese arruinado y desecho, sobre tibias y flacas esperanzas comenzaba la guerra, uniéndose con los que no podian volver en sí.

En esto Macares, hijo de Mitridates, que ocupaba el Bósforo, le envió una corona de valor de mil aureos, pidiéndole le tuviese por amigo y aliado de los Romanos; y entonces dando ya por fenecida la primera guerra, dejó á Sornacio en custodia de la region del Ponto con seis mil soldados; y él, conduciendo doce mil infantes y unos tres mil caballos, corrió á la segunda guerra, pareciendo que con un arrojado extraño, y en el que no entraba por nada la cuenta de su salud, se precipitaba entre naciones belicosas, entre muchos millares de caballos, y á un pais de interminable extension, cir-

cundado de rios profundos y de montañas cubiertas siempre de nieve: tanto que los soldados, que ya no observaban la mejor disciplina, le seguian con disgusto y violencia; y en Roma los tribunos de la plebe clamaban y se quejaban altamente de que Luculo pasaba de una guerra á otra, sin conveniencia de la república, no deponiendo nunca las armas por no quedar sin mando, y haciéndose rico y opulento con los peligros públicos; mas estos con el tiempo al cabo se salieron con su propósito. Luculo en tanto caminó á marchas forzadas al Eufrates, y encontrándole salido de madre y turbio con la lluvia, tuvo sumo disgusto por la detencion que habia de causarle en reunir barcos y construir lancas; pero habiendo empezado por la tarde á ceder la inundacion y bajado mucho por la noche, al amanecer ya el rio se mostró muy recogido. Los del pais, advirtiendo en medio del álveo unas isletas, y que la corriente se detenía plácidamente en ellas, se postraban ante Luculo, porque aquello no habia sucedido antes sino muy pocas veces, y porque el rio se le mostraba benigno y apacible, ofreciéndole un paso descansado y fácil. Aprovechando pues la ocasion, pasó el ejército; y en el acto mismo de pasar tuvo una señal muy fausta. Crianse vacas sagradas de Diana Pérsica, que es la Diosa de mayor veneracion para los bárbaros del otro lado del Eufrates. No hacen uso de estas vacas sino para los sacrificios: por lo demas yerran libres por los pastos, llevando impresa la señal de la Diosa, que es una antorcha; y cuando las han menester no es cosa fácil ni de pequeño trabajo el echarles mano. Una de estas, encaminándose mientras el ejército pasaba á una peña consagrada segun se cree á la Diosa, se paró en ella; y bajando la cabeza como las que son tiradas con cuerda, se ofreció así á Luculo para que la sacrificase; y hecho, sacrificó tambien un toro al Eufrates en reconocimiento del feliz tránsito. Descansó aquel dia; pero al otro y demas siguientes continuó su marcha por la Sofena, sin causar perjuicio á los habitantes, que saliéndole al encuentro, hacian muy buena acogida al ejército; y aun queriendo los soldados ocupar un fuerte en que á su entender habia grandes riquezas: «Aquel, les dijo, es el fuerte de que nos hemos de



apoderar, mostrándoles al monte Tauro á lo lejos, que este otro reservado queda á los vencedores; » y apresurando aun mas la marcha, pasó el Tigris, y entró en la Armenia.

Tigranes al primero que le anunció la venida de Luculo, en lugar de mostrársele contento, le cortó la cabeza; con lo que ninguno otro volvió á hablarle palabra, sino que permaneció en la mayor ignorancia, quemándose ya en el fuego enemigo, y no escuchando sino el lenguaje de la lisonja, que le decia que aun se mostraria Luculo insigne general si aguardaba en Efeso á Tigranes, y no daba á huir inmediatamente del Asia al ver tantos millares de hombres. Así, al modo que no es para cualquiera cuerpo el aguantar la immoderada bebida, en la propia forma no es de cualquiera juicio el no perder la prudencia y el tino en la excesiva prosperidad. Con todo el primero de sus amigos que se atrevió á decirle la verdad fue Mitrobarzanes; el cual no alcanzó tampoco el mas invidiable premio de su sinceridad: porque al punto se le mandó contra Luculo con tres mil caballos y mucha infantería, llevando la orden de traer vivo al general, y de deshacerse á puntillazos de todos los demas. El ejército de Luculo, parte se hallaba ya acampado, y parte estaba todavia en marcha: anunciándole pues sus avanzadas la venida del bárbaro, temió no los sorprendiese cuando se hallaban separados y fuera de orden. Quedóse por tanto disponiendo el campamento; y envió al legado Sextilio con mil y seiscientos caballos, y con pocos mas entre infantería y tropas ligeras, dándole orden de llegar hasta cerca de los enemigos y hacer allí alto, hasta saber que ya estaba acampada toda la tropa que con él quedaba. Sextilio bien queria atenerse á la orden; pero no pudo menos de venir á las manos, precisado de Mitrobarzanes que le cargó con el mayor arrojó. Trabado el combate, Mitrobarzanes murió peleando; y dando á huir los demas, perecieron asimismo todos á excepcion de muy pocos. Tigranes á consecuencia de este suceso, abandonó á Tigranocerta, ciudad populosa, fundada por él mismo; y se retiró al monte Tauro para reunir allí grandes fuerzas de todas partes. Mas Luculo no queriendo dar tiempo á estas disposiciones, envió á Murena para dispersar y cortar á los que

trataban de unirse con Tigranes; y á Sextilio para contener una gran muchedumbre de Arabes que se encaminaban tambien al campo del Rey; y á un mismo tiempo Sextilio, dando sobre los Arabes cuando iban á acamparse, acabó con la mayor parte de ellos; y Murena yendo en el alcance de Tigranes, al pasar un barranco estrecho con un ejército tan numeroso, le sorprendió en la mejor coyuntura. Tigranes pues huyó, abandonando todo aquel aparato; y de los Armenios muchos murieron, y otros en mayor número quedaron cautivos.

Suciéndole tan felizmente las cosas, movió Luculo para Tigranocerta, y acampándose en rededor, le puso sitio. Hallábanse en aquella ciudad muchos Griegos de los trasplantados de la Cilicia; muchos bárbaros que habian tenido la misma suerte, Adiabenos, Asirios, Gordianos y Capadocios, á los que arruinando sus patrias, y arrancándolos de ellas, los habia obligado á fijar allí su residencia. Estaba la ciudad llena de caudales y de ofrendas, no habiendo particular ni poderoso que no se afanara por agasajar al Rey para el incremento y adorno de ella. Por esta misma causa Luculo estrechaba con vigor el sitio, teniendo por cierto que Tigranes no podria desentenderse, sino que con el enojo acudiria á dar batalla contra lo que tenia meditado; y ciertamente no se engañó. Retraíale sin embargo con empeño Mitridates, enviándole mensajeros y cartas para que no trabara batalla, bastándole el interceptar los víveres con su numerosa caballería, y rogábale tambien encarecidamente Taxiles, enviado con tropas de parte del mismo Mitridates, que se guardase y evitase como cosa invencible las armas romanas. Y al principio los escuchó benignamente; pero despues que con todo su poder se le reunieron los Armenios y Gordianos; que con todas sus fuerzas se presentaron asimismo sus respectivos reyes, trayendo á los Medos y Adiabenos; que vinieron muchos Arabes de la parte del mar de Babilonia, muchos Albaneses del Caspio é Iberos incorporados con los Albaneses; y que concurrieron no pocos de los que sin ser de nadie regidos apacientaban sus ganados en las orillas del Araxes, atraídos con halagos y con presentes: entonces ya en los banque-



tes del Rey y en sus consejos todo era esperanzas, osadía y aquellas amenazas propias de los bárbaros; habiendo estado Taxiles muy á pique de perecer por haber hecho alguna oposición á la resolución de pelear; y aun se entró en sospechas de que Mitridates por envidia se oponía á aquella brillante victoria. Así es que Tigranes no le aguardó para que no participase de la gloria; y poniéndose en marcha con todo su ejército, se lamentaba, según se dice, con sus amigos, de que aquel combate hubiera de ser con solo Luculo y no con todos los generales romanos que se hallasen allí juntos. Y en verdad que aquella confianza no era loca ni vana, al ver tantas naciones y Reyes como le seguían, tan numerosa infantería, y tantas millaradas de caballos: porque arqueros y honderos llevaba veinte mil, soldados de á caballo cincuenta y cinco mil, y de estos diez y siete mil con cotas y otras piezas de armadura de hierro, según lo escribió Luculo al Senado; infantes, ya de los formados en cohortes, y ya de los que componían la batalla, ciento cincuenta mil; camineros, pontoneros, azequeros, leñadores y sirvientes para todos los demás ministerios treinta y cinco mil; los cuales formado á espalda de los que peleaban, no dejaban de contribuir á la visualidad y á la fuerza.

Cuando pasado el Tauro llegaron á descubrirse sus inmensas fuerzas, y él divisó el ejército de los Romanos acampado ante Tigranocerta, el tropel de bárbaros que había dentro de la ciudad, recibió su apareamiento con grande alboroto y gritería; y con amenazas mostraba á los Romanos desde la muralla las tropas armenias. Púsose Luculo á deliberar sobre el partido que debería tomarse; y unos le aconsejaban que marchara contra Tigranes, abandonando el sitio, otros que no dejara á la espalda tantos enemigos ni levantara el cerco; mas él, diciéndoles que separados ni uno ni otro consejo daban en lo conveniente, y juntos sí, dividió sus fuerzas, dejando á Murena con seis mil hombres para continuar el asedio; y él tomando el resto, que eran veinticuatro cohortes con menos de diez mil infantes, toda la caballería y unos mil entre honderos y arqueros, marchó en busca de los enemigos; y poniendo sus reales junto al río en una

gran llanura, se mostró á Tigranes objeto muy pequeño, siendo para sus aduladores materia de entretenimiento; porque unos lo ridiculizaban; otros echaban suertes sobre los despojos; y cada uno de aquellos Reyes y generales presentándose á Tigranes le rogaba que aquel negocio lo dejara á él solo, contentándose con ser espectador. Quiso también este hacer del gracioso y burlon, pronunciando aquel dicho ya tan vulgar: Para embajadores son muchos, para soldados muy pocos: así estuvieron burlándose y divirtiéndose por entonces. Al amanecer sacó Luculo su ejército armado: el de los enemigos se hallaba al oriente del río. Daba allí este un rodeo hácia poniente, y era por aquella parte por donde podía pasarse mejor; así conduciendo apresuradamente sus tropas en dirección opuesta, se le figuró á Tigranes que huía, y llamando á Taxiles le dijo, riendo á carcajadas: ¿No ves cómo huye esa invicta infantería romana? y entonces Taxiles: ¡Ojalá hiciera vuestro buen genio, ó Rey, ese milagro! pero no se visten los hombres de limpio para las marchas, ni usan de escudos acicalados, ni de morriones desnudos como ahora, quitando sus fundas á las armas; sino que aquella brillantez es de soldados que buscan pelea, dirigiéndose de hecho contra los enemigos. Decía esto Taxiles cuando ya la primera águila, que era la de Luculo, había dado la vuelta, y las cohortes ocupaban sus puestos para pasar el río; y entonces Tigranes, como quien se recobra con pena de una profunda embriaguez, exclamó por dos ó tres veces: ¿Es posible que vienen contra nosotros? de manera que aquella muchedumbre se formó con grande atropellamiento en batalla, tomando el Rey para sí el centro, y dando de las alas la izquierda al Adiabeno y la derecha al Medo, en la que á vanguardia se hallaba la mayor parte de los coraceros. Cuando Luculo se disponía á pasar el río, algunos de los otros caudillos le advirtieron que debía guardarse de aquel día, por ser unos de los nefastos, á los que llaman negros: por cuanto en él había perecido el ejército de Cepion en lid con los Cimbrós; pero él les dió aquella tan celebrada respuesta: Pues yo haré este día afortunado para los Romanos: era el que precedía á las nonas de octubre.



Dicho esto y mandando tener buen ánimo, pasó el rio, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde allí la espada desenvainada, como que tenia que apresurarse á venir á las manos con hombres hechos á pelear de lejos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadas con la celeridad de la acometida; y viendo á la caballería de coraceros con que se hacia tanto ruido, defendida de un collado, cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que seria de cuatro estadios, no era difícil ni tenia cortaduras, dió orden á los soldados de caballería Tracios y Gálatas que tenia á su mandado, de que acometiéndolos en oblicuo desviarán con las espadas los cuentos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes; no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, á causa de la pesadez é inflexibilidad de su armadura con la que parecían aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero á pie, armado y decidido á batirse. Luego que estuvo arriba, puesto en el sitio mas eminente: Vencimos, exclamó en vos alta, vencimos camaradas; y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que tirándolas al suelo hirieran á los enemigos en las piernas y los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevencion, porque no aguardaron la llegada de los Romanos; sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron á huir con la mas vergonzosa cobardía, y ellos y sus caballos con sus pesadas armaduras cayeron sobre su misma infantería antes que esta hubiese entrado en accion: de modo que sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres; y si fue grande la matanza en los que huían, aun fue mayor en los que querian y no podian huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formacion. Tigranes, dando á correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que á su hijo le cabia la misma suerte, quitándose la diadema de

la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra via se salvara como pudiese. No se atrevió aquel jóven á ceñirse con ella las sienas; sino que la dió á guardar á uno de los mancebos de quien mas se fiaba; y como despues este por desgracia cayese cautivo, entre los demas que lo fueron lo fue tambien la diadema de Tigranes. Dicese que de los infantes murieron mas de cien mil hombres, y de los de á caballo se salvaron muy pocos: los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antioeo el filósofo, haciendo mencion de esta batalla en su obra sobre los Dioses, dice que el sol no vió otra semejante; Estrabon, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban avergonzados y se reian de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habian sido tan inferiores en número á los enemigos; porque apenas los vencedores eran la vigésima parte, sino menos todavía, de los vencidos. De los generales romanos los mas inteligentes, y que en mas acciones se habian hallado, lo que principalmente celebraban en Luculo era haber venido á los Reyes mas poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilacion: porque á Mitridates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza; y á Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento: siendo muy pocos los generales que como él hayan tenido una precaucion activa y un arrojado seguro.

Por esto mismo Mitridates no se halló en la batalla: pues pensando que Luculo hacia la guerra con su acostumbrado sosiego y detencion, caminaba muy despacio á unirse con Tigranes; y desde luego encontrándose en el camino con algunos Armenios que marchaban precipitadamente dando indicios de miedo, conjeturó lo sucedido; pero despues tropezando ya con muchos desnudos y heridos, enterado de la derrota, se dirigió á buscar á Tigranes. Hallóle abandonado de todos y abatido; y lejos de añadirle afliccion, echó pie á tierra, y llorando las comunes desgracias, le cedió la familia que le acompañaba, dándole ánimo para lo futuro: así mas adelante volvieron á juntar nuevas fuerzas. En Tigranocerta